

INTERVENCION JUAN CLARO “50 AÑOS UNIVERSIDAD ADOLFO IBAÑEZ”

El gran explorador británico Sir Ernest Shackleton, necesitaba reclutar gente para su expedición a la Antártica, a principios de siglo. Con ese objetivo puso un aviso en un diario de Londres que decía lo siguiente: “Se buscan hombres para viaje azaroso. Sueldos mínimos, frío feroz, oscuridad absoluta, peligro constante, regreso incierto”.

¡Uds. pueden imaginar que los postulantes que se presentaron fueron escasos! Pero con ellos, cumplió su meta.

La vida del explorador no está muy lejos de la del empresario. Ambos tienen pocas certezas, y mucho espíritu de aventura. Ambos se ponen metas exigentes, y se aburren con la rutina. Ambos forman equipos en base a la verdad – por cruda que sea – y en función de una meta, por lejana que parezca.

Hace cincuenta años, bajo la inspiración de un gran empresario – explorador, don Adolfo Ibáñez Boggiano, nació aquí en Valparaíso la primera Escuela de Negocios de Chile, que hoy forma parte de la Universidad que lleva su nombre. La misma vocación que llevó a Adolfo Ibáñez a crear empresas, lo condujo a formar esta institución destinada a formar agentes de desarrollo económico y social para nuestro país.

Permítanme agradecer la invitación a compartir este significativo aniversario y darme la oportunidad de rendir un homenaje a esta universidad, y a través de ella, a una familia, la familia Ibáñez, que ha mantenido vivo el sueño de don Adolfo en los dos campos en que él se proyectó: la empresa y esta universidad.

Esta universidad, que debe mucho al empuje de su hijo, don Pedro Ibáñez Ojeda, marca un hito en la concepción del rol empresarial.

Don Pedro fue otro exitoso empresario, además de gran político y visionario educador. No tuvo problemas en combinar estos tres roles para crear nuevas vías para el desarrollo de Chile. Al igual que su padre, comprendió que la empresa debía estar presente en la educación. Y que debía nutrirse de ella, lo que le llevó a desarrollar esta escuela de negocios, vinculada desde sus orígenes con la realidad y las necesidades de la empresa. Su educación procura capacitación intelectual del alumno, y también el cultivo de su capacidad moral, de la comprensión del mundo que le rodea.

En sus cincuenta años de historia, esta universidad siempre ha respondido a los desafíos de su tiempo. En el albor de nuestro desarrollo industrial, asumió la tarea de profesionalizar la labor empresarial, a través del reforzamiento de las ciencias económicas y la formación humana integral. En la misma línea hay que destacar la creación del Instituto de Economía Social de Mercado, en 1966. Este fue un centro del pensamiento de un orden económico libre, con ideas que en el Chile de esos días eran miradas – para decir lo menos – con gran suspicacia. Más adelante, en 1979, nació aquí el primer programa de postgrado de negocios del país, que daría origen a los MBA, permitiendo a los chilenos acceder a este nivel de educación sin necesidad de viajar al extranjero.

Ahora desde el año 2001 impulsa un nuevo modelo universitario, que apunta a combinar de mejor manera la formación fundamental y la profesional, no obliga a los estudiantes a elegir su carrera definitiva apenas egresados de la enseñanza media y les permite explorar sus vocaciones a través del conocimiento de distintas disciplinas. “La flexibilidad y la orientación del nuevo modelo de la UAI, es sin duda, una de las grandes innovaciones en materia de educación superior de las últimas décadas, como por lo demás lo han reconocido las máximas autoridades educacionales del país se comprueba por el importante número de universidades que avanzan en la misma dirección”.

Esta actitud de vanguardia, unido a un programa de estudios innovador y flexible y una infraestructura de excelencia – donde no se ha descuidado la belleza y la cultura -, hacen de la Universidad Adolfo Ibáñez una institución que honra a nuestro país.

Las universidades, sean públicas o privadas, tienen crecientes responsabilidades en el Chile de nuestros días. Como lo muestran todos los estudios, la gente cree en ellas y espera mucho de ellas. Sería muy negativo, por lo tanto, que no asuman como corresponde la tarea que tiene por delante.

Las universidades, y esta en particular, deben seguir formando potenciales emprendedores. Hacerlo en conjunto con las empresas, incorporando más profesores empresarios o empresarios profesores, podría contribuir a este objetivo.

¿Qué esperamos de un EMPRESARIO egresado de la Universidad Adolfo Ibáñez, como también de otras entidades de educación superior? Si me permiten la osadía, le pediría al menos tres cosas:

1. En primer lugar, quisiéramos que las universidades formen ejecutivos comprometidos con un proyecto país que nos conduzca a dejar atrás definitivamente el subdesarrollo y la pobreza. Los empresarios somos por definición generadores de riqueza, y estamos orgullosos de ello. Pero bien sabemos que paradójicamente se hace más difícil hacer riqueza en un país que sigue manteniendo márgenes de atraso injustificables. Nuestra misión como gente de empresa incluye, en su núcleo esencial, un compromiso con el desarrollo de nuestro país.
2. Que sea honesto, austero y obsesionado hasta el extremo por hacer las cosas al borde de la perfección (y no digo perfectas porque siempre es posible mejorar). Hace 20 años, una empresa que hacía las cosas más o menos, podía sobrevivir e incluso prosperar. Hoy el mundo se ha vuelto más hostil. Los que lo hacen mal, mueren antes de partir. Los que lo hacen más o menos, sólo duran un poco más, pero luego sucumben. Incluso los que lo hacen bien no tiene garantizado nada, porque muchos otros que en otro confín del mundo lo hacen igualmente bien. Lo único que garantiza el éxito es una vocación de progreso permanente, la pasión por la excelencia. Este es el único “nicho” al que puede aspirar un país como Chile, con un mercado ínfimo y ubicado donde el mundo termina.
3. Que sea capaz de manejarse con soltura en el mundo. Hasta hace poco, el éxito empresarial podía ser local. Bastaba hacerlo bien aquí. Esto ya no es así: el éxito es a nivel global. No es casualidad que los países que más han crecido en los últimos 30 años – sin excepción-lo hayan hecho mirando hacia fuera, conquistando mercados, ampliando horizontes. Y esto exige tener grados importantes de tolerancia hacia otras costumbres y culturas, aceptar las diferencias, ser capaces de adaptarse a otras realidades. Esto también debe ser enseñado en estas aulas universitarias.

¿Es muy difícil formar ejecutivos que quieran a Chile y vibren con él, que tengan una mirada global y que sean austeros, trabajadores y perfeccionistas? Es difícil, sin duda; pero no imposible. Y la menor prueba la tenemos justamente aquí, en la familia Ibáñez. Sus integrantes son el mejor ejemplo del temple que uno quisiera en la gente de empresa que se están formando aquí y en otras universidades.

Pero el papel de las universidades no se agota en la formación de ejecutivos. Creo muy importante que ellas se conecten más al mundo de la empresa en el campo de la creación la transferencia y la adaptación de tecnologías. Si esto no lo hacemos, nuestra economía no alcanzará el ritmo de innovación que requiere para ser más competitiva. Grupos de alumnos guiados por sus profesores trabajando en proyectos específicos en las empresas debiera transformarse en una práctica habitual.

Por razones que sería muy largo de explicar, nuestra impresión es que hay mucho por hacer en el campo de las Pymes. En Chile existen pocas Pymes, en su mayoría estancadas y que viviendo del oxígeno de un Estado que subsidia al capital improductivo. Aquí los centros universitarios pueden asumir un rol importante en la reconversión de empresas existentes y en la creación de otras nuevas.

Pero la responsabilidad de las universidades ciertamente no se limita al mundo de la empresa. Ellos tienen un papel relevante en el campo del diseño y la gestión de las políticas públicas. Esto requiere competencia profesional, credibilidad e independencia para sortear con éxito las presiones corporativas. Al Estado le hace falta muchas veces el tipo *management* propio de la empresa moderna. El hecho de que universidades como la Adolfo Ibáñez se involucren en la formación de altos directivos públicos, sean a nivel central, regional o comunal, es una excelente noticia para el país, y los felicito por ello.

Cuando celebramos los 50 años de esta universidad, los empresarios de nuestro país hacemos un sentido reconocimiento a la familia Ibáñez, que por generaciones se ha comprometido con el desarrollo de Chile, no sólo desde el ámbito empresarial, sino que también desde el político y el educativo. Son un ejemplo que la comunidad empresarial chilena no puede dejar de valorar.

Lo que celebramos hoy prueba que el empresario no está preocupado sólo por la prosperidad individual, desvinculado de los intereses del país, y centrado sólo en el corto plazo.

Muy por el contrario.

El empresario chileno de hoy busca, con honestidad y transparencia, generar espacios de colaboración entre los distintos actores del progreso económico – Empresarios, Gobierno y Trabajadores -, porque la historia nos ha demostrado que esa es la única manera de alcanzar un desarrollo sostenido en el tiempo. Tenemos la obligación de construir confianzas y terminar con las suspicacias que heredamos de un pasado que nos dividió dolorosamente.

Este es el sentido profundo que ha tenido la Agenda Pro Crecimiento, la cual suscitó el franco respaldo del gobierno y un eco inesperado en los actores políticos y la opinión pública. Entendemos esta Agenda como el primer paso de un proceso que debiera ser permanente. Más allá de las incomprendiones y dificultades, persistiremos en esta línea porque es la manera de construir un país más competitivo que ofrezca trabajo y bienestar a todos sus habitantes.

No pretendemos tener la receta, pero la experiencia nos ha enseñado el camino por el que debemos avanzar para superar la pobreza y alcanzar el desarrollo: profundizar y no restringir el ámbito de las libertades, aunque esto afecte a grupos corporativos; desregular y no pretender controlar los mercados; reducir y no acrecentar el tamaño del Estado; insertarnos con fuerza en los mercados internacionales, y no fomentar el proteccionismo bajo ninguna de sus formas;

estimular y no restringir la competencia, aunque esto duela a los propios empresarios; focalizar el gasto social en la creación de oportunidades para los más pobres, lo que incluye desde luego proveerles a ellos y a toda la ciudadanía seguridad ante la delincuencia.

Estas ideas, que tienen larga historia en estas aulas, hoy ya son patrimonio de una amplia mayoría del país. Como Shackleton, no le tenemos miedo al “viaje azaroso, al frío feroz, a la oscuridad absoluta, al peligro constante, al regreso incierto”. Esto es lo que nos hace sentirnos optimistas ante el futuro de Chile, y agradecidos de lo que ha hecho la Universidad Adolfo Ibáñez en estos primeros 50 años de vida.

Muchas gracias.